

Urtica y Parnassia (D. R. R. R.)  
1873

Ca 2575

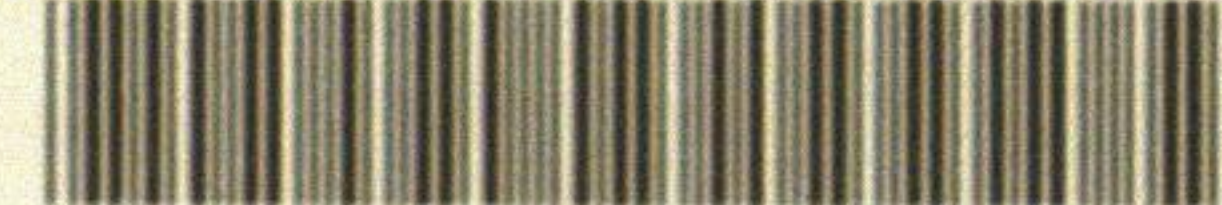
81-9-3<sup>tes</sup> 1

(n° 63)

*Escepticismo médico.*



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315412183

b 18863681

Excmo Señor.

Si estudiamos en el cuadro de la historia de la Medicina las numerosas teorías que sucesivamente han pretendido resolver los difíciles problemas que forman la base de la ciencia, si observamos sobre todo las modificaciones que el arte ha sufrido obedeciéndolo a las indicaciones de estas variables teorías; es bien digno de dejar de conectar series de ideas ajenas de la verdad de la ciencia y no desconfiar de la eficacia del arte.

No solo recibe esta penosa impresión el filósofo, el literato o el hombre vulgar que rápidamente ojea la historia de la ciencia, sino que hasta el mismo médico viene vacilar en fe ante esas afirmaciones contradictorias, ante esa multitud de opiniones tan diversas.

He aquí, Excmo Señor, por que al presentarme ante Uds y deteniéndolo necesariamente examinar algún punto de la ciencia, me ha parecido conveniente ocuparme del

### Escepticismo médico.

Es indudable, que en todas las doctrinas médicas hay verdades útiles que la razón y la experiencia de todos los siglos confirman, pero también en ellas existen errores que influyen naturalmente en el ánimo del médico y le hacen inclinarse hacia el escepticismo. Pero este escepticismo ¿es una negación absoluta de la ciencia? Ciertamente que no; pues por una parte esta ciencia por incierta que se nos presente dispone de un arte que todos los días se resuelve en aplicaciones positivas, y por otra parte vemos en todos los tiempos hombres distinguidos trabajar por constituir y hacer adelantarse la ciencia.

Así es que á pesar de las contradicciones de las teorías generales, es imposible desconocer la realidad de la ciencia y del arte; pero es necesario para comprender bien esta realidad distinguir el arte de la ciencia propiamente dicha.

Aun cuando el arte deba filosóficamente surgir de la ciencia, como se deduce una consecuencia lógica de un principio, puede sin embargo no ser la práctica una simple deducción de la teoría. Sería falso sostener que los iatromecánicos, los químicos, los partidarios de Brody y de Broussais, se separan tan profundamente en la práctica, como lo están en el modo de comprender la enfermedad.

En la Teorización de los hechos la inteligencia se desarrolla con libertad, pero cuando se ocupa de las aplicaciones del arte tropieza con dificultades que la obligan á separarse del camino derecho de la lógica, y que preservan al arte de las peligrosas variaciones que los sistemas médicos alguna vez le imprimirian.

Mientras que la filosofía intenta averiguar los vastos problemas, que se propone nuestra inteligencia y viene á parar con frecuencia en soluciones contradictorias; el buen sentido que es la razón práctica de la humanidad, forma sobre cada una de ellas una creencia inalterable. Lo mismo sucede en Medicina, mientras algunos hombres se

profunda inteligencia, sabiendo de fuese de los límites de la observación intentar constituir la ciencia por atrevimientos y generalizaciones, la mayoría de los médicos es conducido por la experiencia a una práctica menos exclusiva que aquella que la teoría prescribe.

Así es como se separa el arte de la ciencia propiamente dicha y llega a reconocerse que el arte no ha traspasado uno solo de los límites que le han marcado la observación y la experiencia.

No solo existe y ha existido en todos los tiempos un arte cierto y positivamente eficaz, sino que sobre él existe una ciencia real, aunque incompleta y que prosigue un eterno y una marcha de edificación progresiva. Examinemos uno la historia de la ciencia y la terapéutica constituye, como dice Bichat, la parte activa de ella; es imposible dejar de comprender el desarrollo progresivo de la ciencia a través de todas las variaciones de las doctrinas.

Es incontestable, que la ciencia y el arte se apoyan en un conjunto de hechos positivos, que condenan ese escepticismo absoluto que algunos médicos no temen proclamar en alta voz.

Ahora bien, si bajo el punto de vista de la ciencia tal escepticismo debe ser condenado como la manifestación de una ignorancia vergonzosa; o como la moral, que tiene el derecho de analizar nuestras acciones, lo juzga.

Desde luego es evidente, que el hombre que negare de un modo absoluto la realidad de la ciencia y la eficacia del arte, engañaría indignamente a la sociedad, si al momento no renunciaba a la práctica. En vano procuraría sincerarse, diciendo que atendiendo a las prescripciones de la higiene no podía perjudicar a los enfermos que le confían el restablecimiento de su salud: sacerdote infeliz burlaría de la credulidad de sus víctimas, un vicio no sería sino una perpetua mentira.

¿Que espectáculo, dice Cabanis, es ver a un médico tratando un enfermo de charlatanería, los conocimientos que ella exige de físico y aparato, un deber de sanas futilidades! ¿Se imaginara que el pobre enfermo tendría confianza en un arte, que en un concepto es de todo punto engañoso? ¿Se pensara seguir practicando un arte, fustándolo, burlándolo así con una ciencia de la credulidad de los hombres?

Ni que la ciencia médica uno creen en ella, pero no engañen al desgraciado enfermo que poco o nada debe prometerse de ellos y de su ciencia.

Se presenta aquí una cuestión, que no debemos pasar en silencio: la homeopatía cuya terapéutica consiste en sustituir a la enfermedad espontáneamente desarrollada, otra artificial de la misma naturaleza, y para cuyo objeto se vale de agentes reducidos a fracciones microscópicas, ¿es una doctrina patológica real o es un escepticismo disfrazado para no chocar con la fe instintiva que los hombres tienen en la Medicina? Para nosotros la homeopatía es el escepticismo y la ciencia se condensa como el fruto de una ignorancia vergonzante, y la moral porque prohíbe altamente hacer de la ciencia una especie de práctica misteriosa y catolística, que degrada al hombre, engañándole.

Gracias al progreso de la ciencia, gracias principalmente al descubrimiento de los métodos de exploración, que permiten seguir el desarrollo a las lesiones locales, que constituyen o complican gran número de enfermedades, este escepticismo absoluto se encuentra hoy muy rara vez entre los médicos; no puede

lo mismo con aquellas dudas legítimas, que autoriza el conocimiento de una ciencia incompleta todavía.

Sin embargo el médico debe tener muchos cuidados de no dejarse arrastrar demasiado lejos por una pendiente tan resbaladiza, pues es muy fácil caer en el escepticismo como ha sucedido a Curt Sprengel, que afirma que este es el desideratum de la ciencia: máxima que tenemos por errónea, de consuelo y aun por inexecutable en la práctica. La duda no es como pretende el erudito historiador de la Medicina la última palabra de la ciencia; es un principio, un punto de partida. Así lo enseñaba Aristóteles, así lo proclamaba Descartes y así lo confirma el sentido íntimo de cada uno de nosotros.

Un médico ilustre, Bouffland, ha comprendido la peligrosa influencia que el escepticismo puede ejercer en la práctica y quiere que aun en presencia de la tisis pulmonal conserve el médico la esperanza de la curación y que obre formalmente con la mira de esta eventualidad. Varios autopsias han demostrado la curabilidad de la tisis, por lo tanto es necesario seguir la conducta de Bouffland, no solo para ensanchar

los límites del arte, uno para no desesperar en ningún caso de la curación.

¿Fue chirriar de las dudas exageradas que asaltan a algunos médicos viendo incurables algunas de sus propias dolencias?

Esto mas bien que censura debe inspirarnos compasión. Nos es tan difícil hacer abstracción de nuestra personalidad! Es tan difícil aun al mismo médico, resistir a esta especie de vergüenza del amor de la vida engañado, que tan naturalmente conduce al hombre a la negación de una ciencia cuyos beneficios no le alcanzan!

Independiente de este origen de incredulidad, que a cada paso encontramos, cuando se trata de una ciencia que jamás alcanzará a calmar la impaciencia del hombre enfermo y en amor immoderado a la vida; toma origen otras veces en pasiones aun menos excusables. Al voluptuoso que no comprende la vida, uno como la aptitud para el placer, la Medicina que le impone como una condición indispensable para su salud la abstinencia y la privación; tal severidad y tan inflexible inclinación al

hombre a un excepticismo, que deja a la vida sus mas caras esperanzas.

Aunque en todas las clases de la sociedad se encuentran hombres que a propósito de la Medicina afectan con frecuencia un inocente excepticismo, cuando la enfermedad viene a sorprenderlos, casi todos quieren que se les prodiguen los auxilios de la ciencia. No obstante el médico debe combatir por cuantos medios letera a un alcance las preocupaciones peligrosas que encuentra en la sociedad; una muy generadora de ellas y que creemos tan falsa como funesta y de la cual ya se ocupó Hipócrates. Los enfermos, dice, se curan algunas veces sin auxilio de los médicos, pero de aquí no se deduce que se curen como se curan un médico de la Medicina. En el régimen así como en el empleo de los medicamentos pueden seguirse métodos útiles y métodos perniciosos; pero unos y otros prueban la realidad del arte. Estos persiguen por un mal entendido aplicación, aquellos cuyo empleo es conveniente tienen buen éxito.

Se da también como una prueba de la

incertidumbre de la Medicina, la multitud de individuos que acumben antes de llegar a una edad avanzada y algunos fallecen víctima de enfermedades, que los mismos médicos declararon al principio ser de poca o ninguna gravedad. Reconocemos que la ciencia está lejos de ser infalible en sus pronósticos y en el tratamiento que opone a las numerosas enfermedades que afligen a la especie humana; pero si se tiene en cuenta la delicadeza de nuestro organismo, la infinitad de causas que obran sobre nuestra economía, las vehementes pasiones de ánimo, la desobediencia a los preceptos del médico, estas y otras varias circunstancias que favorecen al médico; se comprende que no siempre es este responsable de los casos desgraciados que ocurren en la práctica.

El escepticismo médico ha venido a ser una especie de tradición literaria, Catón, Plinio, Petrarca, Montaigne, Guevara, Molière y Rousseau se esforzaron en ridiculizar la ciencia y lanzar toda especie de sarcasmos sobre ella, ya por envidia personal, ya por mal humor, ya por un genio satírico y mordaz, ya por hacer ostentación de ingenio

y chiste. Petrarca acusa a los médicos de su tiempo por haber destruido los baños del lago Averno, que cegaban y curaban a muchos. Rousseau dice, que nos cabe que enfermedades curen a los médicos; pero si que no curan algunas muy funestas como la timidez, la cobardía, la credulidad, el temor a la muerte.

Nos parece que no debemos tomar por lo serio estos ataques apasionados, de los que no hacen falta en solo argumento que pueda rebajarse nada a la ciencia propiamente dicha. Es preciso confesarlo, este escepticismo tiene algo de legítimo, por la intrusión entre los médicos de hombres en quienes la ciencia iguala a la ignorancia. Véase aquí por qué debemos en cuanto sea posible prevenir a la sociedad contra esa monedafalsa que se llama charlatanismo. Es un deber impuesto a la ser por nuestro amor al bien público y por el cuidado de nuestra dignidad personal.

Así es que cuando se busca la explicación de la incredulidad sistemática, que el médico encuentra en la sociedad, es fácil comprender que se funda en un error o en una pasión por parte de personas

incompetentes; error o pasión que ejercen una fatal influencia en la acción curativa de los agentes terapéuticos. ¿Y quien no comprende que este escepticismo es una decepción amarga para el médico, que consume la fuerza de su inteligencia y de su corazón en el ejercicio de un noble profesion?

Ministros infatigables de la mas difícil de las ciencias proseguid a través de vuestros arduos estudios y penosos trabajos esas investigaciones que pueden ilustrar los vastos problemas de la ciencia de la vida. Cuando despues de vuestras fatigas podais descansar algunas horas, evocad ante vuestro pensamiento el cuadro de las infinitas dolencias a' que habeis asistido con los recursos del arte y cuando con vuestros esfuerzos y sacrificios hayais conseguido salvar la vida a' alguno de vuestros semejantes, un escepticismo insolente os disputará mas de una vez la realidad de vuestra obra.

Convencido el médico de la perniciosa influencia que puede ejercer esta disposición del animo sobre el curso y terminación de las enfermedades, debe hacer los mayores esfuerzos para combatirla como y donde quiera que se presente. Pero no basta siempre establecer la realidad de la ciencia como un simple abstracción filosófica; es necesario al mismo tiempo demostrar la realidad y la eficacia del arte.

Por inveteradas que sean estas preocupaciones y por arraigadas que esten en las pasiones que las alimentan, no perdamos la esperanza de hacer comprender, los seguros axiomas sobre que descansa una ciencia, cuyas verdades interesan en alto grado a' todos los hombres.

La ciencia cuenta con una porción de datos sencillos, que desde hace algun tiempo debían pertenecer al caudal comun de los conocimientos generales, que constituyen el buen sentido; debemos por lo tanto en nuestras relaciones diarias con la sociedad poner gran empeño en hacer populares los principios fundamentales de la fisiología y de la terapéutica.

No haremos la reseña de los argumentos de que se puede echar mano para dejar en su lugar la verdad de la ciencia, porque es muy facil al médico ilustrado conseguirlo. Así queda a' salvo la dignidad de la ciencia, al mismo tiempo que se inspira una confianza saludable al hombre a' quien tarde o temprano ha de visitar la enfermedad.

El médico, que así lo hiciere, probará que es digno hijo de Esculapio, merecerá el aprecio y consideración de la sociedad y habrá prestado un

importante servicio a la ciencia y al arte.

Insignificante es mi trabajo, Excmo Señor,  
pequeñas con mis fuerzas, no me lionjes en haber  
llenado completamente mi cometido. Punto sumo-  
mente difícil, necesita para su completo desarrollo una  
voz mucho mas autorizada que la mia, conocimientos  
mas profundos y una erudicion que yo no poseo.

Quisiera haberos presentado un trabajo digno de Vos  
y de la ciencia que profeso, mas ya que no puedo hacer-  
lo, os prometo mis deseos constantes de saber; con lo  
cual si os dignais darme vuestra benevolenta aprobacion  
coronareis con ella mis deseos.

He dicho.

Rafael Uribe y Pumaré

Noche 29 de Abril de 1873